



Peña Cultural y Carnavalesca  
"La Salle-Viña"



## 1º PREMIO PROSA 1.993

### SUEÑO DE PAPEL

Me recortaron cuidadosamente sobre una mesa camilla a la luz de un quinqué de gas. Yo notaba cómo el doble filo de las tijeras me iba dando forma circular, mientras unos dedos pacientes e inquietos giraban aprisionando con suavidad mi cuerpo. Mi nacimiento fue rápido. Recuerdo que terminé siendo casi redondito, de color crema y tan delgado como unas cintas también de papel que me acompañaban enroscadas sobre sí mismas a la manera de las caracolas. Me pusieron en una montañita junto a otros papeles tan pequeños como yo y me bautizaron con el nombre de "Papelillo". Más tarde me enteré de que aquellas cintas que serpenteaban buscando los bordes de la mesa tenían el nombre de "Serpentinas"

No te puedo dar el año de mi nacimiento, pues lo papelillos tenemos más sentimientos de lo que gente se puede imaginar, pero carecemos de memoria. Sólo sé que nací en Cádiz y que mi cuna fue tan humilde como mi persona. También sé que vine al mundo pocos días antes del Carnaval. Lo demás te lo puedo contar, porque lo viví apasionadamente desde aquel momento en que mi alma circular comprendió la misión para la que estaba destinada.

Estuve sobre aquella mesa dos días con sus noches gaditanas, preñadas de gracejo con ese acento inolvidable que tuve la suerte de heredar y que caló sin dificultad en los huesos de mi corta existencia. Debieron ser grandes Paco Alba, y Cañamaque, y el Tío de la Tiza, y tantos nombres que los chiquillos de la casa repetían con tanta insistencia con que sus madres rezaban aquellos rosarios piadosos, que a veces terminaban con el regalo ardiente de un chocolate y unos bizcochos. Y yo me hacía el dormido, como si fuera ajeno a todo, pero nada me era ajeno. Ya en mi montaña de papel envidiaba la fortuna de poder bajar las escaleras y salir a la calle, para dejarme llenar por aquel mundo que tanto me atraía. Soñaba con ser sirena del vaporcito, flor de la Alameda, agua de la Caleta, uva de la Viña. Hubiera dado la vida por haberme quedado prendido del pelo de cualquiera de aquellos niños y haberme dejado llevar por todos aquellos caminos que continuamente estaban en sus labios.

Pero un día me recogieron con prisas y fui a dar en una bolsa pequeña, que fueron amontonando poco a poco en la mesa. Metido en aquel encierro de colores ya apagados, oí los primeros compases que llegaban a través del balcón y que me hacían vibrar con su ritmo alegre y con el retumbar de unos bombos en la lejanía. No puedes imaginar lo que sufrí por estar encerrado, aunque me aliviaba la esperanza de que el Carnaval estaba cercano y pronto conocería la suerte que me reservaba mi destino. Yo notaba que, según iba pasando el tiempo, ardía en mi sangre algo especial, una sensación de que el día esperado se acercaba rápidamente. Los comentarios crecían, la música iba en aumento, las noches se alargaban.

Una mañana, sobre el mediodía, me vi zarandeado por una mano enorme y cálida que me llamaba a la ilusión. Sentí de pronto que mi cuerpo frágil era aprisionado y levantado con suavidad hasta casi tocar el techo humilde de aquel balcón, donde doraban su barro algunas macetas silenciosas. El corazón me comenzó a latir aceleradamente. Era el momento en el que tanto había soñado desde que un feliz día nací para el Carnaval de Cádiz. Entre los dedos que me rodeaban pude ver por fin la Plaza de las Flores en todo su esplendor.



*Peña Cultural y Carnavalesca  
"La Salle-Viña"*

Era domingo de Piñata, y el loco sol de febrero a duras penas podía con unas nubes pegajosas que envolvían su tímida yema en el cielo. Son momentos que duran un instante, pero que se quedan grabados en el alma para siempre. Abajo todo era color, bullicio y vida. Una inmensa riada humana reía, cantaba, reía y se agolpaba sedienta de música alrededor de los Coros de los tanto había oído hablar. Un sabor a tortillitas camarones trepaba incansable por el humo que salía majestuoso de las Guapas y revoloteaba candoroso sobre la multitud.

Recorrió mis entrañas un frío de vértigo contenido, cuando aquella mano tomó impulso y me lanzó abriendo sus dedos al cielo de Cádiz. Entonces comprendí que aquel espectáculo, visto desde arriba y suspendido en el aire, era excepcional. Yo no puedo contarle como quisiera, porque los papelillos no tenemos palabras, ni sabemos hablar para explicarte bien lo que yo sentí en ese relámpago que llenó de golpe mi vista. Pero, aunque nuestra cuna sea de papel, llevamos sobre nuestra silueta delgada una esencia chirigotera que sabe a pasodoble y a letra preciosa por escribir.

Mientras mi redondez se balanceaba en la altura, la brisa que recorría la Plaza me llevó con dulzura un calor humano que nunca había experimentado. Me dada en la cara tanta mezcla a tango y a brillo, a quejido y a disfraz, a risa y a guitarra, que mi vuelo se convirtió en ansias por llegar, por dejarme prender al pie de la calle, por soñar, como las personas, en aquel vendaval de pasión y arte.

Era feliz, porque me sentía parte de esta tierra, arena de la playa, madroño de piconera, gotita del mar, aventurero sin límites, reflejo de la hermosa Bahía que me circundaba. Las serpentinas lucían coquetas sus encantos, cayendo entre una lluvia de papelillos sobre las manos de los coristas y sobre las orillas de las bateas, de donde brotaban inigualables piropos para las gaditanas.

Borracho de tanto colorido, fui llegando a aquel suelo por el que había suspirado desde que me hicieron papelillo. Nadie sabe, pero yo te lo cuento a ti, que lo besé repetidamente hasta confundirme entre los flecos de los plumeros que abrazaban la calle Libertad.

Sirvan estas líneas como el sueño de un papelillo de Carnaval, que daría todo lo poco que tiene por volver a nacer y morir en Cádiz

**FRANCISCO MELERO MORA**